

LA PERCEPCIÓN DEL RIESGO Y LA CRIMINALIZACIÓN DE LA POBREZA EN EL AMM

■ María Luisa Martínez Sánchez*

El ecléctico objetivo de realizar un ensayo a partir de la selección de un grupo determinado de trabajos lo convierte a uno en una especie de *bricoleur* en el sentido de Levy Strauss en *El Pensamiento Salvaje*, quien hace lo que tenga que hacer con aquello que tenga a la mano en el momento en que hay que hacerlo. En Ciencias Sociales esto es algo que suena familiar.

La selección de los textos intuitivamente determinada por la subjetividad de los afectos –antes de conocer los contenidos- se ha inclinado por los siguientes títulos: “Los salvajes urbanos”; “Los desviados. Cartografía urbana y criminalización de la vida cotidiana”; “Política criminal y sistema penal en México” y “La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad”. En la medida de lo posible –aunque no siempre ha podido ser así- se entrelazarán en este texto, que se ha dividido en dos apartados como su título lo anuncia: la percepción del riesgo y la criminalización de la pobreza en el Área Metropolitana de Monterrey.

I. LA PERCEPCIÓN DEL RIESGO EN NUEVO LEÓN

Un fantasma recorre Nuevo León y no es precisamente el de un sistema político. Es la inseguridad. El riesgo se ha posicionado en la conciencia colectiva de la sociedad neolonesa. Aquí se transita, como dice Beck (1998), de una sociedad repartidora de riqueza hacia una sociedad repartidora del riesgo. Sin embargo no parece haber justicia cuando se pretende transitar de una sociedad de reparto de riqueza –sin que hubiese mediado el reparto- a una de riesgos compartidos efectivos. ¡Qué bueno que ahora los riesgos también son para los señores del dinero! Sin embargo, esta socialización aparentemente democrática del riesgo no puede ser un “borrón y cuenta nueva” cuando los pobres y los marginados han vivido durante siglos a la espera de una distribución más equitativa de la riqueza.

“Los riesgos y peligros de hoy se diferencian por la globalidad de su amenaza y por sus causas modernas. Son riesgos de la modernización. Son un producto global de la maquinaria del progreso industrial y son agudizados sistemáticamente con su desarrollo ulterior” (Beck 1998:28). Sin embargo, los riesgos en Nuevo León no son los mismos que enuncia Beck, cuyas preocupaciones se refieren a posibles amenazas nucleares. Pareciera –y seguro que así es- que estamos hablando de dos mundos distintos. Aquí tenemos otros riesgos más inmediatos, más terrenales. Sin que esto signifique que aquellos no existan, la *distancia* cotidiana con nuestras preocupaciones altera la forma de percibir, apreciar, de vivir los riesgos.

En este momento en Nuevo León estamos más dispuestos a confundir los fuegos pirotécnicos con una posible balacera que a percibir un amanecer cargado de neblina con un desastre ecológico. Beck está impactado por Chernobil y sus reflexiones nos contagian pero Chernobil nos parece ¡tan lejano! No es igual al caso de la joven universitaria que murió balaceada en el cruce de Juárez, Mier y Morelos... ¡era de la Uni! Tan cercana!

Y la repetición de los medios que hace del hecho un eco más largo, que se repite hasta el cansancio, hasta internalizarse en las conciencias fortaleciendo el tamaño del riesgo asociado a una vida inocente, a todas luces ajena al narcotráfico y dejando abierta la azarosa posibilidad de que a cualquiera de nosotros, en cualquier lugar nos puede pasar, puesto que el cruce donde ocurrió la tragedia es el más popular y transitado de la ciudad; y la hora tampoco es la esperada para una acción criminal.

Es ese machacar continuo de los medios de comunicación locales y nacionales lo que fortalece y sobredimensiona el riesgo, el cual empieza a adquirir vida propia, independientemente de la vida de las personas quienes empiezan a actuar en función del riesgo real o ficticio. Porque las normas de convivencia se han diluido gracias al peligro inminente de vivir una situación de violencia sin buscarla.

“Para evaluar los peligros, estamos sometidos a instrumentos de medición, a teoría, y sobre todo a nuestro *no saber*”, dice Ulrich. ¿Cómo medimos nosotros el peligro del narcotráfico al que estamos sometidos en Nuevo León? Con cifras a cuentagotas. Con un programa nacional que tiene un triste termómetro que cuenta los muertos por el narcotráfico en las distintas plazas en México. Con uno que otro entrevistado que se atreve ligeramente a insinuar tímidamente cómo se organizan y se disputan las plazas en México en el programa de Aristegui. Pero oficialmente no tenemos nada. La población en México, específicamente en Nuevo León está desprotegida en cuanto a insumos de información y toma sus decisiones con base en los rumores propiciados por la prensa que no ha demostrado ningún compromiso ético con la sociedad, tal vez porque tiene sus propios espacios que resguardar.

La exposición al riesgo no puede ser dimensionada; es azarosa, y esto incrementa el sentimiento de vulnerabilidad. No se sabe dónde, no se sabe cuándo, no se sabe a qué horas. Pero existe en nosotros un sentimiento que se rebela a ser rehén de no sabemos qué o quiénes y a no permitir que nos transformen nuestra vida cotidiana.

“Al contrario de los estamentos o las clases, este destino tampoco se encuentra bajo el signo de la miseria, sino bajo el signo del miedo, y no es precisamente una “reliquia tradicional” sino un producto de la modernidad, y además en su estado máximo de desarrollo”. (Ulrich, 11). La paradoja moderna es que las necesidades no pueden estar satisfechas mientras no estemos seguros. Como decía Maslow en su teoría de las necesidades, la primera es la auto conservación, la seguridad... cuando esta se ve amenazada, el resto de las necesidades se transfiguran y pierden la importancia que en condiciones naturales tienen en los seres humanos. Aún así, que nos disculpe el señor Ulrich si en el tercer mundo nos seguimos preocupando por asuntos tan cotidianos como la pendiente distribución de la riqueza y los males concretos y tangibles como la muerte de seres humanos en las calles a manos de otros “seres humanos”. Son suficiente carga los problemas visibles y las cuentas históricas por pagar como para sumarles los problemas invisibles asociados al futuro. Nuestra gente ya no podría con más.

Un punto importante en esta reflexión que Ulrich toca sin profundizar es sobre el potencial político de las catástrofes. “La defensa y administración de las mismas [las catástrofes] puede incluir una reorganización del poder y de la competencia. La sociedad del riesgo es una sociedad catastrófica. En ella, el estado de excepción amenaza con convertirse en el estado de normalidad” (Ulrich, 1998:30). En el escenario de lucha por las plazas entre grupos de narcotraficantes se ha creado un estado sin derecho, de excepción, en el cual esporádicamente aparece el ejército como el tercero en disputa a personificar el orden. Sin embargo, los rehenes permanentes seguimos siendo los ciudadanos y en esta lucha ciega nos invaden y faltan al respeto a nuestros derechos humanos con toda la impunidad del mundo. El potencial político de esta catástrofe humana está por ser capitalizado.

II. LA CRIMINALIZACIÓN DE LA POBREZA EN EL AMM

Los otros como objeto de estudio

Juan Cajas (2009) describe cómo los antropólogos irrumpen en áreas urbanas cuando “la desaparición del otro exótico se ha acelerado”. (Cajas, 2009:107). Sin embargo, afirma el mismo autor, que quien llega a un espacio ajeno emerge en las ciudades como el otro, el moderno “extranjero artificial” que habita la posmoderna ciudad multicultural.

“El habitante de la ciudad moderna, la occidental, carece de identidad, porque el espacio que lo acoge tampoco tiene personalidad” (Daniel Múgica, en el prólogo a Ciudades invisibles) citado por Cajas, p. 106. No estaría del todo de acuerdo con la ciudad como un espacio inhóspito e impersonal. Al contrario. Uno siempre puede encontrar un espacio y apropiarse de él. Las identidades se entretajan y se construyen en grupos y subgrupos, con rasgos generales y específicos, como en el caso de la apropiación de los espacios –como la alameda- con rasgos más genéricos, como el sentirse identificado con una ciudad –sea la nuestra o no- que nos recibe con el Cerro de la Silla en las mañanas.

Continúa Cajas disertando sobre la cuestión del otro y afirma que el “otro es, y sigue siendo, el referente básico de la investigación antropológica...”



La virgen del Tepeyac

es su único objeto intelectual” (Cajas 2009:108). En realidad los salvajes urbanos es un texto que busca la justificación de la antropología situándola en la apropiación de un objeto de estudio, esta vez dejando a los salvajes “exóticos” para situarse en las selvas de asfalto.

A pesar de que considero que no es necesario un esfuerzo de autoafirmación de una ciencia y que son los resultados de su trabajo los que tienen que evidenciar su contribución, me parece importante la convergencia de las diferentes disciplinas en la mirada de un sujeto científico independientemente desde que disciplina fundamental sea realizada dicha mirada, que ha sido enriquecida con otras áreas del conocimiento. Por otro lado, me parece que las técnicas y los métodos no son exclusivos de ninguna disciplina: son de la ciencia y están ahí disponibles para ser utilizados –previas las condiciones de rigor y ética cumplidos- por los científicos que lo requieran.

En relación al concepto de alteridad que Cajas trae a colación, considero que habría que profundizar en

ello porque finalmente todos somos los otros de los otros, tanto en las grandes ciudades como en los pequeños pueblos. Y –a reserva de que los expertos en psicoanálisis lo confirmen- pareciera haber una tendencia en el ser humano a culpar a otros sobre los efectos negativos de las acciones humanas.

Esto ocurre frecuentemente en la sociedad neolonesa, donde comúnmente en los medios de comunicación se menciona que el crimen viene de fuera; que los cárteles aunque luchan por esta plaza, no son de aquí y que las condiciones socio económicas en crisis no tienen que ver con nuestras acciones de sociedad trabajadora y progresista. La búsqueda y el hallazgo de “chivos expiatorios” calman los ánimos sociales y las buenas conciencias locales continúan su vida cotidiana. Sin embargo en una sociedad altamente conservadora, donde cerca del 90% de la población se concentra en su área metropolitana con una disminución de oportunidades de sobrevivencia cada vez más palpable, uno de los grupos favoritos que figuran como chivos expiatorios son sin duda, los pobres.

LOS POBRES COMO OBJETO DE CRIMINALIZACIÓN

El crecimiento y la complejización de las ciudades obligan a los científicos sociales a buscar otras explicaciones a la criminalidad. Ya no es posible sostener a una sociedad que se siente ofendida por un delincuente; pero si es posible explicar una conducta “desviada” que se sale de la normalidad esperada. Y quien mejor sujeto depositario que quien es ajeno a dichas normas; quien no las conoce; quien se aventura al mar urbano a la búsqueda de oportunidades de una mejor vida.

“Las primeras preocupaciones por la otredad urbana llevaron a los etnógrafos de Chicago a sutiles trabajos de exploración sobre el terreno y el punto de contacto lo constituían los “aldeanos urbanos” temas y corrientes fundamentales para la prospección urbana: el interaccionismo simbólico, la etnometodología, los estudios culturales y, en general, para el análisis moderno de la desviación social... (Cajas, 2009: 11). La sociología surge y se consolida como disciplina, tal como veremos más adelante, en los años críticos de la migración, paralelo a la emergencia de nuevos “equilibrios” (Cajas, 50). Al parecer ninguna ciencia se escapa de un pasado político-instrumental. En

particular, la sociología norteamericana tuvo la tarea de trabajar el tema de la integración de los inmigrantes a la comunidad nacional; se trata de una sociología aplicada, operativa e instrumental; trabaja sobre procesos de transformación cuyo resultado final no ha de ser otro que el disciplinamiento social de los sujetos que rehúyen u obstaculizan la certeza del bienestar normativo (Cajas 2009:51).

El delincuente, herencia del discurso jurídico penal decimonónico, es sustituido por un concepto más dúctil: el sujeto desviado o de conducta desviada... su personalidad exhibe, no una conducta criminal innata, sin los rasgos del malestar social, el colapso de la no integración o asimilación. (Cajas 2009:51). Y la Sociología entonces será la ciencia que provee la fundamentación teórica para esta perspectiva criminológica del "sujeto desviado", con la teoría funcional-estructural, la teoría de la anomia, la teoría de las subculturas y la teoría del etiquetamiento. (Cajas, 2009:26).

La criminalidad sería entonces, una forma de desviación a partir de la cual pueden explicarse todos los fenómenos de integración –o desintegración- que enfrenta la sociedad estadounidense: el alcoholismo, las mafias, las bandas juveniles, la prostitución, homosexualidad, consumo de drogas, etc. Y los infractores son desviados. Estos conceptos y definiciones son bastante cercanos no solo a nuestra geografía sino a la moralidad que permea en la sociedad regiomontana.

Hay cuestiones fundamentales de desigualdad que habría que discutir antes de llenar las cárceles de pobres en este país. De sobra es conocido que los delincuentes de cuello blanco no pisan las cárceles y por cierto jamás se reintegran socialmente. Pero sí hay un estigma social contra la pobreza, particularmente contra la población joven quienes cada vez tienen menos oportunidades de una vida digna y se vuelven carne de cañón para el crimen organizado. Y a esto agregamos una anécdota personal que dio origen al título de este trabajo y que cuento a continuación:

Un buen día se acerca un personaje asociado a un cuerpo policiaco de uno de los municipios del AMM y solicita una asesoría para un programa de formación. En la larga charla que sostenemos me comenta que la política del municipio es que cuando reciben llamadas de

ciertas colonias conflictivas (pobres) tienen la instrucción de no acudir porque ahí *"hay que dejar que se maten entre ellos solos"*.

Este no es un hecho aislado. Se ha confirmado en otros casos, por ejemplo en el mapeo que se tiene de la delincuencia en el AMM. Las casas robadas son las colonias ricas; los que las roban son las pobres de en seguida. Las redadas continuas que se han realizado en la Colonia Independencias y en algunas otras donde se llenan las patrullas con mujeres, ancianos, niños y a quienes encuentren al alcance con toda la impunidad del mundo.

Finalmente, no me parece acertado utilizar el término "política criminal" (porque además pareciera que criminal se está utilizando como adjetivo y en ese sentido se puede utilizar para describir muy bien la actual política pública en general). Y con respecto a los indicadores, es bueno dar seguimiento al índice de criminalidad, pero me parecería oportuno dar seguimiento en México al índice de impunidad porque éste provoca más estragos en la confianza social hacia las instituciones.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La criminalidad es un tema apasionante por su naturaleza transgresora de la convivencia pacífica, cuando la esperanza de vivir en este mundo es el bienestar y la felicidad. La percepción del riesgo en los habitantes de Nuevo León ha logrado trastocar las fibras más íntimas de nuestra vida cotidiana sin que al momento exista claridad en cuando a formas organizadas de resistencia civil. Esta reflexión debiera llevarnos a cuestionar la posibilidad de que sea la propia sociedad la que provea, permita o posibilite ciertas conductas criminales, dados los sistemas injustos y desiguales que existen no solo en México sino en el mundo entero actual. El aseguramiento de oportunidades al nacer para todos los individuos debiera ser no negociable en cualquier sociedad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Azaola, Elena. Política Criminal y Sistema Penal en México.
- Beck, Ulrich. La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad. Paidós. España, 1998.
- Cajas, Juan. Los desviados. Cartografía urbana y criminalización de la vida cotidiana. Porrúa. México, 2009.